

La escuela escriturística española, juzgada por un eminente escriturista alemán.

SUMARIO:

I

Un juez competente e imparcial (nn. 1-7).

- (A) Razón del presente artículo (nn. 1-3).
- (B) Competencia del juez (nn. 4-6).
- (C) Su imparcialidad (n. 7).

II

Juicio disperso y latente (nn. 8-16).

- (A) Bibliografías escriturarias de Cornely (n. 8).
- (B) Autores españoles citados en esas bibliografías (nn. 9s).
- (C) Importancia de los autores citados (n. 11).
- (D) Juicio acerca de determinados autores (nn. 12-16).

III

Juicio y fallo decisivo y manifesto (nn. 17-19).

- (A) Significación de la escuela española en la historia de la segunda edad de oro de la exégesis católica (n. 17).
- (B) Significación de la escuela española en una biblioteca selecta de exégetas clásicos católicos (nn. 18s).

IV

EPÍLOGO:

- (A) Decadencia de la escuela escriturística española (n. 20s).
- (B) De la decadencia al renacimiento (n. 22).

V

APÉNDICE:

Conclusiones prácticas.

I

UN JUEZ COMPETENTE E IMPARCIAL

Razón del presente artículo. — Competencia del juez. — Su imparcialidad.

«*Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua.*»

«Alábetse el forastero, y no tu propia boca; el extranjero, y no tus propios labios.»

Este consejo del Espíritu Santo, encerrado en el libro de los Proverbios (1), cuya prudencia y oportunidad es tan palmaria tratándose de la propia alabanza personal, es harto frecuentemente olvidado, al tratarse de alabar y engrandecer las glorias y méritos de la propia patria y nación. Cegado el hombre por el amor patrio, hasta llegar a mirar como sacratísimo deber de patriotismo el cantar en todos los tonos (a veces bien poco armoniosos) las glorias de la madre patria, llega también, por fatal consecuencia de esa misma ceguera, a no ver que es triste síntoma de pueblos empequeñecidos y de naciones degeneradas el pasar la vida recordando y cantando sus antiguas glorias, y llega también, por fatal consecuencia de esa misma ceguera, a no ver que la alabanza salida de los propios labios pierde todo su valor, hasta llegar a ser vileza y villanía, *laus in ore proprio vilescit*.

2. Por evitar ese envilecimiento en la gloria grandísima que indiscutiblemente se merece en el mundo científico la escuela escriturística española, hemos ido a buscar un juez competente e imparcial de sus méritos y valer, lejos, muy lejos del suelo español; para que por el fallo competente de ese juez imparcial resulte elogiada la gloriosa escuela escriturística española: «por el forastero, y no por su propia boca; por el extranjero, y no por sus propios labios; *laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua*.

Pero no es del todo exacto el decir que ese juez lo hemos ido a buscar lejos, muy lejos, del suelo español; ya que él es quien se nos presentó a

(1) PROV. 27, 2.

la entrada misma de nuestra carrera escriturística, sin andarlo nosotros a buscar.

3. En efecto, en el primer libro de texto de nuestros estudios bíblicos, en el *Historicae et criticae introductionis in utriusque Testamenti Libros Sacros compendium* (1), del P. Rodolfo Cornely S. J., vi muy pronto que su autor, sin pretenderlo ni quererlo, había hecho el más encomiasta panegírico de la escuela escriturística española; eran tantas las citas y referencias de autores españoles, tantos y tales las recomendaciones y elogios de sus obras y escritos, que la sola colección de aquellas citas y de estos elogios podría mirarse como ramillete escogidísimo de alabanzas y encomios que el eminente escriturista alemán viniera a depositar ante el sagrado altar de la ciencia bíblica española.

Por lo mismo, una de las primeras ideas que yo debo a la lectura y estudio de aquel precioso libro es la enunciada en el título del presente artículo: «La escuela escriturística española juzgada por un eminente escriturista alemán». Cuando más tarde hube de pasar del estudio del compendio a la lectura lenta y pausada de su obra lata de introducción, aquella primera idea fué tomando cuerpo y más cuerpo, hasta cristalizar en este modesto trabajo, que no tiene otro fin que el *vulgarizar algo de lo que fueron* las ciencias bíblicas en España, valiéndonos para ello de datos que, con igual competencia que imparcialidad, nos ha proporcionado (aun sin pretenderlo) uno de los sabios modernos más beneméritos en el campo católico de los estudios escriturísticos, el P. Rodolfo Cornely S. J. Y digamos brevemente de la competencia e imparcialidad del juez, para que resulte de mayor peso y autoridad su juicio y fallo.

4. *Competencia.* Acabamos de llamar a nuestro juez «uno de los sabios modernos más beneméritos en el campo católico de los estudios escriturísticos»; y el recuerdo de sus datos biográficos y bibliográficos más salientes (2) probarán que no es nada exagerada la tal apelación.

El último año de la carrera y estudios eclesiásticos, ordinariamente seguidos en la Compañía de Jesús (año que para el P. Cornely era el de 1862), comenzó su especialización en materias bíblicas. Para ello trasladóse al Oriente, al Colegio-Seminario que los jesuitas franceses dirigían con universal aceptación en Ghazir (Siria); y mientras terminaba en aque-

(1) *Historicae et criticae introductionis... compendium* (París, 1914).

(2) Pueden verse esos datos en la revista alemana *Stimmen aus Maria Laach*, 1908, págs. 357-370. Algunos datos no aducidos en esa necrología se los debo a la amabilidad de los PP. Francisco Zorell y Leopoldo Fonck, S. J.

lla universidad sus estudios de teología, se empleó también en el estudio del árabe y del siríaco, y aun en el del samaritano, copto y armeno. Cuatro años estuvo en Oriente, y durante ellos tuvo ocasión de visitar la Tierra Santa, no sólo como devoto peregrino, sino también como estudioso profesor. Visitó asimismo el Egipto; y desde Alejandría partió para Marsella y París, en donde consagró medio año al estudio de la egiptología.

5. Basado sólidamente en la formación literario-clásica, filosófica y teológica, generalmente usada en la Compañía de Jesús, enriquecido con especiales conocimientos relativos a la vida, costumbres y lenguas orientales, empezaba su profesorado de aquellas lenguas y de exégesis bíblica en el gran escolasticado o Colegio Máximo de María Laach (Prusia Renana), el año 1867, a los treinta y siete años de edad.

Paso por alto sus trabajos y empresas en campos distintos del bíblico, en los que supo desarrollar una actividad extraordinaria, sin que descuidara por ello su profesorado escriturístico.

6. El año 1879 le llamaba el General de la Compañía, M. R. P. Beckx, a Roma, para que se encargara de la clase de exégesis en la Universidad Gregoriana; diez años desempeñó aquel cargo y mientras que dignísimamente lo desempeñaba, emprendió otra gran obra, que es la que más le honra en el campo de las ciencias Bíblicas: el grandioso *Cursus Sripturae Sacrae*, cuyo primer tomo vió la luz pública en 1885, y al que en los tiempos siguientes han seguido otros 47 volúmenes (1) de universal aceptación entre los católicos. El plan del grandioso *Cursus* y su feliz realización se deben ante todo al espíritu emprendedor y altamente organizador de nuestro Cornely. Llamando en su ayuda a hombres competentísimos en los diversos y variados ramos de la ciencia escrituraria, logró dar a su empresa impulso vigoroso, gracias al cual llegó a realizarse aquella magna obra, la primera en su género en los tiempos modernos dentro del campo católico. En ese *Cursus* figuran dignamente en sus tres primeros volúmenes, como obras propias de Cornely, la introducción general de ambos Testamentos, la particular de todos y cada uno de sus libros; y entre los comentarios son propios de nuestro autor los de la Sabiduría, Epístola *ad Romanos*, las dos *ad Corintihios*, *ad Galatas*. Publicó además fuera del *Cursus* (2) el

(1) Tomado del *Cursus Script. Sacr.; Comment. in. Is.* (Knabenbauer, París 1925.)

(2) Aun estas obras forman ahora parte de ese mismo *Cursus* en su sección quinta.

Compendio de introducción, la sinopsis de todos los libros inspirados y sus respectivos análisis. Tales datos son por demás suficientes para demostrar la competencia en materias bíblicas del juez cuya crítica y examen ha afrontado la escuela escriturística española.

7. Digamos también dos palabras de su *imparcialidad*.

Ante todo es de notar que en la obra, que hemos tomado por base de nuestro estudio, no hay tendencia alguna panegirista; su autor procede con la fría serenidad de un profesor alemán que va exponiendo a sus discípulos las cuestiones introductorias del Antiguo y Nuevo Testamento. Podrá haber (y hay en efecto en la obra) razonable empeño en defender los libros santos contra los ataques del racionalismo, protestantismo y liberalismo científico; pero para nada se tiene en cuenta la diversidad de nación o patria de los autores cuyas obras se citan o recomiendan. En bello desorden, mejor dicho en armónico concierto, basado únicamente en el valor intrínseco de la obra citada o en positivos méritos del autor elogiado o recomendado, aparecen continuamente mezclados en casi todas las páginas nombres de las más diversas nacionalidades, autores de pueblos rivales o enemigos. El escritor no pretende juzgar más que la ciencia bíblica católica de todas las edades; pero en ese juicio ha quedado formulado el que le mereció la escuela española.

II

JUICIO DISPERSO Y LATENTE

Bibliografías escriturarias de Cornely.

8. Este juicio está como disperso y latente por toda la obra, pero no es difícil reunir todos sus elementos para formular luego con toda precisión el fallo resultante.

En el segundo y tercer tomo va dando la introducción especial de cada uno de los libros de ambos Testamentos; y termina todas y cada una de esas introducciones especiales con una rica y selecta bibliografía de exégetas católicos, que más se han señalado en comentar cada uno de los libros; hermosa lección, por no decir elocuente, aunque tácita, reprensión para más de un autor de materias bíblicas, que no creen dar carácter suficientemente

científico a su libro, folleto o artículo, si no los *autorizan* con una larga y variadísima bibliografía de obras y autores del campo protestante o racionalista. De entrambos campos era perfecto conocedor el P. Cornely, y sus tan numerosas cuanto prudentes citas de tales autores son la mejor prueba de ello; pero pruebas son sobre todo de su sanísimo y recto criterio las bibliografías de autores y obras católicas a que me refiero.

Veintiuna veces se repite en sus dos últimos tomos aquel título «*De praecipuis commentariis catholicis... in libros Moysis... Iosuae... Iudicum et Ruth... etc., etc.*», que traduciendo libre, pero fidelísimamente, se podría llamar en castellano «Bibliografía de los principales comentadores católicos de cada uno de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento».

Autores españoles citados en esas bibliografías.

9. Y ¿qué puesto y lugar ocupan en esa bibliografía los autores españoles?... En primer lugar en esos veintiún catálogos no hay uno solo en que no aparezcan escrituristas españoles; más aún, en cada uno de ellos siempre son varios, a veces verdadera falange, los autores citados. Permítannos nuestros lectores siquiera una rápida enumeración de esos nombres que va citando el P. Cornely; enumeración que, si por fuerza ha de ser pesada y monótona, nos permitirá medir por ese mismo peso y monotonía el aprecio y estima que la escuela escriturística española se había granjeado en el juicio y mente del egregio escriturista alemán. Si el paciente lector quiere acompañarnos a dar una ojeada no más a esas bibliografías, encontrará entre los comentadores del Pentateuco o de alguno de sus libros a Martín de Córdoba, al Tostado, Malvenda y Serrano; entre los comentadores del libro de Josué a Arias Montano, Aristizábal, Manuel de Najera, Monterde y los ya citados Malvenda y Tostado; volverá a leer el nombre de Arias Montano unido al de Cristóbal de Vega, Gaspar Sánchez y Diego Celada, comentadores los tres primeros del libro de los Jueces y del de Ruth los dos últimos; aparecerá de nuevo el Tostado con Gaspar Sánchez, Malvenda, Juan Rodolfo de Córdoba, Manuel de Nájera y Pineda, explicando los libros de los Reyes; saldrán a nuestro paso una vez más el Tostado, Sánchez, Malvenda con Mariana, comentando los Paralipómenos y además el libro de Esdras el primero y tercero de los mismos autores; Sánchez brilla con mérito singular en sus comentarios a los libros de Tobías, Judit,

Ester y Macabeos; Celada comenta el libro de Tobías y el de Judit, comentado además este último por José de la Cerda, como por Leandro Montano lo fué el de Ester; vienen luego Zúñiga, Pineda y Sánchez a quienes no arredraron las oscuridades del libro de Job; Pablo Burgense que se aprovechó de los comentarios judíos de los hebreos españoles Aben-Esra y Nacmánides, para comentar los salmos; comentados también por Jaime Pérez de Valencia; entre los comentadores del Cantar de los Cantares hallamos a San Justo de Urgel, y más tarde a Quirino de Salazar, que en la explicación de libro tan difícil supo hacer un verdadero alarde de estupenda erudición sacra y profana; el Eclesiastés lo veremos eximiamente comentado por Pineda, junto al cual merece honorífica mención Vicente Manso, Quirino de Salazar y Juan Fernández O. P.; el de la Sabiduría viene explicado por Cristobal de Castro y Gonzalo de Cervantes; y el del Eclesiástico por Pablo Palacios de Salazar, Juan de Pina, Salvador de León y Alfonso de Flores. Las profecías de Isaías ejercitaron los ingenios de León de Castro, Juan de Maldonado, Diego y Gabriel de Alvarez, Gaspar Sánchez y Malvenda; mientras que los vaticinios de Jeremías hacían lucir sus múltiples conocimientos al ya citado Juan de Maldonado, Pedro Núñez Delgado, Malvenda, Cristóbal de Castro, Gaspar Sánchez, Navarrete, Juan Bautista, Juan de Jesús, Sebastián Costa de Andrada y Francisco de Lemos; entre los comentadores de Ezequiel figuran en primera línea los estupendos trabajos de los Padres Prado y Villalpando, sin que por su luz quede oscurecida la que acerca del mismo libro emitieron Pedro Serrano, Gaspar Sánchez y Malvenda; Daniel tuvo dignos intérpretes en Maldonado, Gaspar Sánchez, Luis de Alcázar y Diego Celada; como tuvieron los profetas menores su más renombrado comentarista en Francisco de Ribera sin que por eso se deban olvidar los nombres de Arias Montano, los dos Palacios, Pablo y Miguel, Gaspar Sánchez y Cristóbal de Castro; a quienes hay que añadir como comentaristas de varios profetas menores en particular a Jerónimo Box de Guadalupe y León de Castro *in Oseam*; Martín del Castillo y Fray Luis de León *in Abdiam*; a Francisco de Salinas *in Ionam*; a Cipriano de la Huerca, Gaspar Grajal y Agustín de Quirós *in Michaeam*; a Antonio de Guevara y Alfonso de Padilla *in Habacuc*; a Diego de Zúñiga *in Zachariam*; a Agustín de Quirós *in Malachiam*.

10. Y pasando al Nuevo Testamento, y comenzando por los evangelios, encontramos a Pablo Burgense entre los escritores de postillas; con su método del todo personal al inagotable Tostado; y entre los directores del movimiento exegético católico hallamos junto a Jansenio Gandavense

los españoles Toledo y Maldonado; y en pos de ellos, pero muy próximo en méritos y valer vemos a Alfonso de Salmerón; apareciendo como autores de tercer orden en la exégesis evangélica Arias Montano y Pablo Palacios.

Entre los comentaristas del libro de los *Hechos Apostólicos*, la escuela española está representada por Arias Montano, Gaspar Sánchez y Alfonso Salmerón. No deja de causar extrañeza el que en las epístolas de San Pablo tomadas en conjunto, no encontremos autor alguno español; pero Toledo en su comentario de la carta *ad Romanos*, y Luis de Tena y Francisco de Ribera en los suyos a la epístola *ad Hebraeos* vienen a llenar en alguna manera ese vacío.

Por último por esas bibliografías del P. Cornely vemos que las epístolas católicas fueron comentadas por Salmerón, Miguel de Palacios y Agustín de Quirós, como el Apocalipsis lo fué por San Martín de León, Francisco de Ribera y Luis de Alcázar (1).

Importancia de los autores citados.

11. Tras la árida numeración de tantos nombres pasemos a estudiar la importancia que el P. Cornely da a la escuela por esos autores representada.

Empecemos por advertir que casi todos los autores citados, salvo raras excepciones, pertenecen al segundo siglo de oro (2) de la ciencia exegética católica; ahora bien, en ese siglo de oro, sabido es que en el comercio e intercambio literario del mundo sabio se cotizaba muy alto el oro español. Por lo mismo nada tiene de extraño que nuestro juez y aris-

(1) No nos hubiera sido difícil aducir más nombres de autores escritores, que *doctrinalmente* pertenecieron a la escuela española, y que como *autores españoles* figuran tanto en las bibliografías de Cornely, cuanto en el *Nomenclator* de Hurter; tales como Francisco de Mendoza, Luis de Vera, los dos *Osorios*, etc., etc.; pero su oriundez portuguesa o americana nos ha hecho omitir en nuestro trabajo esos gloriosos nombres, que con razón podrían mirar como glorias privativas suyas la vecina república lusitana o los remotos estados hispanoamericanos.

(2) El P. Cornely coloca este *segundo siglo de oro* entre los años 1563 y 1660 (1 n. 252 p. 695). Nuestras citas de Cornely se refieren siempre a la segunda edición de su Introducción (París 1, 1894; 2 y 3, 1897), que ha sido la base de nuestro estudio.

tarco, conocedor profundo de aquel siglo y del valer y méritos de los genios que en materias bíblicas sobresalieron en él, haya dado la importancia que ha dado a los autores escriturísticos españoles. No podemos citar uno por uno todos sus juicios emitidos sobre el particular; baste citar alguno que otro ejemplo.

Juicio acerca de autores determinados.

12. Tratando de los comentadores del libro de los Reyes dice así: «También el siglo XVI fué bastante estéril pues no produjo comentador alguno de estos libros que merezca nombrarse... Pero desde el siglo XVII se inició un cambio pasmoso; porque en aquella edad vieron la luz pública bastantes comentarios, tan señalados por cierto por su erudición y doctrina, que superan y no poco los trabajos de los siglos que le precedieron y siguieron. Y entre todos hay que atribuir justamente el primer puesto a Gaspar Sánchez, a quien ya Calmet llamó «el más insigne de cuantos intérpretes él conocía» y «cuyo comentario de los Reyes [a juicio del mismo Calmet] sobrepuja ciertamente todas su obras restantes» (1).

Y entre los comentadores de Job, después de haber copiado las alabanzas que el protestante Schultens tributa a Juan de Pineda, añade (2): «Ceden sí en mole, pero apenas en erudición a la obra de Pineda los comentarios de Sánchez y Cordier»; de donde resulta que entre los más eminentes comentadores del difícilísimo libro de Job coloca el P. Cornely dos autores españoles (Pineda y Sánchez), y un belga (Cordier).

Al mismo Pineda se refiere otro elogio más encomiástico aún, entre los comentadores del Eclesiastés (3): «entre los intérpretes del Eclesiastés la primacía la tiene Pineda, eximio comentador (a juicio de Calmet) en su obra del Eclesiastés, enriquecida con eximios prolegómenos, en los que se resuelven las cuestiones todas de aquel libro. Y su obra de él [prosigue Calmet, citado por Cornely] no es sólo un comentario; ya que tras del texto de la Vulgata aduce la traducción latina que llaman Véneta, más otra de Roberto Sherword, seguida de variantes del texto hebreo, tomadas de los mejores intérpretes, seguida además de una doble traducción latina de la

(1) 2, 1 n. 105 p. 308.

(2) v. 2 | p. 2 | n. 179 | pg. 74.

(3) v. 2 | p. 2 | n. 221 | pg. 208.

paráfrasis caldea debida a Civello y Zamora, con otra traducción de la misma paráfrasis hecha por el P. Acosta, más la traducción asimismo latina de las versiones siríaca y árabe, cerrado todo ello con la *Catena* de los Padres griegos. Queda coronada la obra por un comentario del propio autor; comentario que sólo él puede valer por todos los comentarios.»

13. Célebre es (tratándose de Ezequiel) la obra voluminosa de los Padres Prado y Villalpando; y merece recordar el final que a su juicio pone el P. Cornely (1): «los exégetas modernos prefieren sin duda a esta gran obra los comentarios de Sánchez y Maldonado; pues a pesar de ser mucho más breves, exponen el texto sagrado con mayor diligencia, exactitud y acribeia»; por nuestra parte debemos aquí notar que, aduciendo el Padre Cornely en todo el transcurso de los siglos XVI y XVII nueve comentadores de la profecía de Ezequiel, de esos nueve autores sólo dos dejan de ser españoles, el belga Alápide y el portugués Pinto; los siete restantes son hijos de la madre España.

14. Los aducidos en los profetas menores hacen creer algo así como si la España del siglo XVII hubiera tratado de acaparar el monopolio de la ciencia exegética, pues de los 24 autores citados, la mitad son españoles, distribuyéndose los doce restantes por las demás naciones católicas; es decir, que puede España en aquella época presentar ella sola tantos escritores, cuantos juntas todas las demás naciones católicas.

Cosa parecida pudiéramos decir de los comentadores de Jeremías y Baruc, y sobre todo de los trenos del primero, pues en la lista aducida «Navarrete, Martín del Río, Juan de Jesús, Sebastián Costa de Andrade, Balduino Iunius [de Jonghe] y Francisco de Lemos», sólo el segundo y el penúltimo dejan de ser españoles, bien que al segundo su mismo apellido le denuncia claramente su oriundez española.

15. En la bibliografía de comentaristas del Nuevo Testamento el fallo de primacía en pro de la escuela española es a juicio de Cornely indubitable. Véase cómo clasifica los comentadores de los evangelios (2): «al frente [de aquella verdadera falange de exégetas] hemos de poner con todo derecho a Jansenio Gandavense, Maldonado y Toledo»: así comienza el P. Cornely; pero no se crea que por haber puesto el primero a Jansenio en aquella gloriosa terna, «Jansenio, Maldonado, Toledo», le dé supremacía; léase lo que en seguida añade: «ya antes hemos alabado la con-

(1) v. 2 | p. 2 | n. 282 | pg. 464.

(2) v. 3 | n. 81 | pg. 310.

cordia evangélica de Jansenio; y cuantos han juzgado a los antiguos exégetas, han tenido para él los mayores elogios. Sin embargo la mayor parte de esos mismos críticos creen que le sobrepujó y no poco Maldonado... ya que supo desempeñar su papel de comentador con tal claridad, elegancia, solidez y brevedad, que parece alejó a los demás aun del propósito de volver a tratar las materias que él trató; por lo cual aun hoy en día no puede dejar de leer los comentarios de Maldonado cualquiera que pretenda explicar los evangelios».

16. Echando ahora una mirada retrospectiva a las citas recogidas y al juicio que se halla latente en todas ellas, aunque no tan latente que más de una vez no se manifieste con suficiente claridad; notemos dos datos gloriosos por demás para la escuela escriturística española: *primero* que si de esas bibliografías especiales de los diversos libros sagrados se quitaran todos los autores españoles, quedarían sin comentarios varios libros, precisamente en el siglo de oro de la exégesis católica; *segundo* que si en cambio se dejaran solamente autores españoles, aún quedaba completa la colección de comentadores de todos los libros santos, exceptuando 12 de las epístolas de San Pablo (cfr. n. 10); datos ambos, que en ninguna otra nación fuera de España pude verificar en esas bibliografías de Cornely.

III

JUICIO Y FALLO DECISIVO Y MANIFIESTO.

Significación de la escuela española en la historia de la segunda edad de oro de la exégesis católica.

17. He advertido varias veces que este juicio del eminente escritor alemán está latente en toda su obra, como que sus elementos de él están desparramados y difundidos por todas las partes de sus tres tomos. Pero en dos pasajes de la obra ese fallo y juicio adquiere una forma concreta, precisa y manifiesta; y es razón examinar de un modo particular esos dos pasajes.

Es el primero la subdivisión tercera, párrafo quince del capítulo cuarto del tomo primero (1), donde en veinte páginas magistrales se historia

(1) V. 1; c. 4; n. 252; pág. 696.

la edad de oro de exégesis moderna. Esas páginas inmortales son a la vez glorioso encomio de la ciencia bíblica católica del siglo XVI, y panegírico no menos glorioso del estupendo desarrollo y del estado floreciente que esa ciencia había alcanzado en aquella época en la nación católica por excelencia. Citemos el principio y fin no más de esas páginas, pues ellos nos dan el criterio que guió al autor en el escribirlas y el fallo final que de las mismas se desprende.

«Ingente es el número de intérpretes, que florecieron en este siglo de oro: más de *trescientos cincuenta* enumera Hurter (1) de los que murieron entre los años 1563 y 1663; pero es evidente que nosotros ni podemos ni queremos enumerarlos todos en este lugar; tan sólo nombraremos a los que por ser de mayor autoridad pueden y deben ser consultados aun en nuestros días de todos aquéllos que quieren dar explicaciones verdaderamente católicas de cualesquiera de los libros sagrados...»

El criterio pues del historiador son la autoridad científica y la seguridad doctrinal u ortodoxia de los autores que pretende recomendar; ese doble criterio, del que no es fácil decir si honra más al crítico e historiador que por él se guía, o a los autores que por fuerza e influjo de él merecen los honores de la cita y de la recomendación, es certisimamente prueba irrefragable del doble ornato y gala con que aparece hermosada la escuela exegetica española: su valor científico y su seguridad doctrinal.

No podemos detenernos a transcribir los juicios particulares que en esas páginas se emiten acerca de aquellos astros refulgentes que en el cielo de las ciencias bíblicas son conocidos con los nombres de Maldonado, Bartolomé Valverde, Salmerón, Prado, Villalpando, Pineda, Luis de Alcázar, Ribera, Toledo, Arias Montano, Gaspar Sánchez, Mariana, Malvenda, Quirino de Salazar..., ni siquiera es necesario que nos pongamos a resumir esos juicios o a buscar la resultante de todos ellos ya que este trabajo nos lo da hecho el propio Cornely, al fin de su concienzudo estudio.

18. Y estamos en el segundo pasaje, en el que del todo se precisa y concreta el juicio y fallo del tan competente cuanto imparcial crítico y juez.

Nos referimos a un párrafo sencillísimo, pero elocuente en su misma sencillez, que se lee en la página 714 del tomo primero; es el broche de

(1) H. HURTER, *Nomenclator litterarius*, ed. 3. Oeniponte 1907, t. 3, página 1-32.

oro con que el sabio alemán cierra el magistral estudio que en 20 valiosísimas páginas hace del siglo de oro de la exégesis católica.

Significación de la escuela española en una biblioteca selecta de exégetas clásicos católicos.

«Quien quisiere formar [dice] una buena biblioteca con las grandes obras exegéticas de esa edad [1563-1660]; elija como comentador del Pentatéuco a Bonfrerio (para el Génesis, Pereira); y para los demás libros históricos del antiguo Testamento a Bonfrerio, Senario y Sánchez; para el libro de Job, a Pineda y Cordier; para los salmos, a Agelio, Belarmino y de Muis; para el Eclesiastés a Pineda; a Ghislerio para el Cantar de los Cantares; a Salazar, para los Proverbios; a Jansenio Gandavense para los Proverbios, Sabiduría y Eclesiástico; a Forerio y Sánchez para Isaías; al mismo Sánchez para los demás profetas, añadiendo la obra de Prado y Villalpando para Ezequiel; a Pereira para Daniel, a Ribera para los profetas menores; a Maldonado y Jansenio Gandavense para los Evangelios; a Lorino para los Hechos Apostólicos; para todas las epístolas a Estio y Justiniani; a Alcázar para el Apocalipsis, sin dejar de añadir los comentarios de Toledo para los Evangelios de San Juan y de San Lucas y para la carta *ad Romanos*.

Finalmente para los predicadores recomendamos principalmente a Cornelio Alápide.»

19. Párrafos de esta índole no necesitan de comentario; su mera lectura patentiza el juicio que de la escuela escriturística española se había formado el eminente escriturista alemán. Si se advierte sobre todo lo que antes hemos notado, que este párrafo no es más que el broche de oro con que en la obra que estudiamos se cierra el magistral estudio y reseña que de la edad de oro de la exégesis católica hace el P. Cornely, se tendrá que es a la vez la concreción y condensación o resumen de todos los juicios parciales, difusos y desparramados por toda la obra; y puede por lo mismo mirarse esa media página como el fallo definitivo y juicio preciso de los méritos, importancia y valer de la ciencia bíblica española juzgada por el tan competente cuanto imparcial crítico y juez.

IV

EPÍLOGO

*Decadencia de la escuela
escriturística española*

20. Sin duda alguna habrán ya advertido nuestros lectores que la casi totalidad de los autores citados por el P. Cornely pertenecen al lapso secular que media entre 1563 y 1663; por lo mismo su juicio y fallo se ha de restringir también a la ciencia bíblica española de ese mismo período; y, ¿no podremos deducir la estima que el escritorista alemán hacía del nivel escriturario español de los dos siglos y medio siguientes?... Creemos que sí; cierto que la mayor parte de los autores aducidos pertenecen a aquella floreciente época; pero todavía encontramos autores de los últimos decenios del siglo XVIII, para luego no poder hallar un solo nombre español en los siglos XIX y XX. ¿Qué significan estos dos hechos?... Triste, tristísimo es tenerlo que decir; pero sería incompleto e imperfecto, a la vez que pueril nuestro trabajo, si como hemos hecho notar la parte de luz y colores del cuadro, no notásemos también sus partes de sombra y oscuridad. Los cien años que siguen al Concilio de Trento son espléndido mediodía en la ciencia bíblica española; el medio siglo siguiente es tristísimo ocaso; el siglo XVIII y XIX noche más triste y oscura aún; y ojalá se pudiera decir con verdad que en el XX se vislumbra el rayar de nueva y esplendorosa aurora; por lo mismo las obras y escritos de aquellos cien años primeros lanzan luces y resplandores del sol en el cénit; en el medio siglo siguiente vense aún luces y resplandores, pero resplandores y luces de sol poniente que corre rápido a morir; en el siglo XIX (tal como aparece en las bibliografías de Cornely) no hay luces ni resplandores; todo son tinieblas y oscuridad de noche, y de noche sin estrellas ni luz; porque en sus 21 bibliografías no brilla un solo autor español de esa época verdaderamente oscura. Dato tristísimo de la casi inexplicable decadencia en que cayeron las ciencias bíblicas españolas; he dicho *casi inexplicable*, porque el mismo Cornely explica *en cierta manera* esa (¿por qué no decirlo?) humillante decadencia y abyección.

21. A su juicio, dos causas bien distintas concurren a esa decadencia: la una como ocasional, la otra como directamente importadora de esa

misma decadencia. La primera fué la corriente de aficiones a estudios históricos y patristicos; lo cual hizo que los mejores ingenios emplearan su tiempo, trabajo y talentos en campos distintos del bíblico (1).

La segunda causa pertenece al siglo XIX; héla aquí tal cual la expone nuestro autor (2): «el comienzo del siglo XIX es la época más estéril en todas las disciplinas teológicas, pero sobre todo en las escriturísticas. Ni será esto motivo de extrañeza para quien sepa considerar tantas y tan grandes persecuciones cuantas sufrió la Iglesia en ese período casi en el mundo entero, porque el adagio aquel *«inter arma silent musae»* se cumple también en las ciencias eclesiásticas y en ellas de un modo particular. Las revoluciones políticas habían expulsado de casi todos los estados de Europa las órdenes religiosas, las cuales eran precisamente las que en los últimos siglos habían producido el mayor número de exégetas; veíanse por lo mismo los religiosos expulsados y desterrados, privados del material literario del trabajo: la Compañía de Jesús, que ya desde su fundación había desplegado siempre singular actividad en la exégesis y defensa de los libros santos y era extraordinariamente benemérita en todas las ramas de la ciencia bíblica, había sido suprimida por las maquinaciones de políticos incrédulos y estaba extinguida en todo el orbe (excepto en Rusia) desde el año 1773 hasta el 1814; en muchos reinos católicos y no católicos los poderes civiles se arrogaron el derecho de regular los estudios eclesiásticos, y se valieron de cuantos medios estuvieron a su alcance para alejar a los clérigos de las fuentes de la pura doctrina católica, y hasta los obligaron a oír no tanto las explicaciones cuanto las burlas y escarnios con que hombres imbuídos en principios pseudofilosóficos y aun heréticos comentaban la Sagrada Escritura».

*De la decadencia
al renacimiento.*

22. No sería difícil verificar con datos de la historia de España la verdad de las afirmaciones que acabamos de transcribir; pero no es razón que nos cansemos demasiado en probar la existencia de las causas, cuan-

(1) Respetando la opinión de Cornely en lo referente a otras naciones, no creemos que en España pueda considerarse como causa ocasional de decadencia en las ciencias bíblicas «la corriente de aficiones a estudios históricos y patristicos». La verdadera causa es la asignada inmediatamente por el mismo autor.

(2) V. 1, c. 4, n. 258, pg. 724 s.

do sus fatales efectos y funestas consecuencias las prueban harto claramente.

Esa decadencia palmaria de los siglos XVIII y XIX y segunda mitad del XVII por una parte, y el esplendor glorioso de los cien años que les precedieron por otra, deben producir en todo español bien nacido dos afectos distintos y hasta contrarios, pero que han de ir los dos a parar en una sola y única resolución: afecto de noble orgullo y afecto de pundonorosa vergüenza, con la resolución de contribuir a renovar la historia del siglo de oro de la grandeza de las ciencias españolas. Espoleados por esa pundonorosa vergüenza y alentados por ese noble orgullo, no resta más que dar libre expansión al verdadero patriotismo, que no está en cantar añejas glorias de ilustres antepasados, sino en emular con callados hechos y con obras que hablen muy alto las glorias y grandezas de aquellos héroes y grandes hombres que en todos los campos y en todas las manifestaciones de la vida política, social, militar y científica fueron siempre

*largos en facellas
y cortos en contallas.*

ROMUALDO GALDOS.

V

APÉNDICE

Presentado este trabajo a la Subsección de Teología del IX Congreso de las Ciencias, celebrado en Salamanca, y leído un resumen de él, el autor propuso y defendió las siguientes

CONCLUSIONES PRÁCTICAS

1.^a Es deber sacratísimo de cuantos en España se dedican al estudio y enseñanza de las ciencias bíblicas mirar con especial predilección las grandes obras de los exégetas españoles del siglo de oro, esforzándose por conocerlas y estudiarlas, y porque en España y fuera de España sean conocidas y estudiadas.

2.^a Por lo mismo sería empresa digna de los genios más elevados preparar ediciones críticas de tantas de aquellas obras, que nunca han sido superadas.

3.^a Mirar como incompleta e imperfecta toda biblioteca escriturística, en que no se encuentren las obras bíblicas de los autores españoles citados en los números 18 y 19 del anterior trabajo.

4.^a Contribuir a formar la bibliografía bíblica española con monografías de autores, escuelas o universidades, en todo lo referente a materias bíblicas.

5.^a Procurar en el magisterio y en los escritos bíblicos unir a la crítica y erudición de nuestros tiempos la solidez teológica y la unción ascético-mística de los escrituristas españoles de la edad de oro.

